ACLARACIÓN

Ha pasado algún tiempo desde que escribí para Ágora un artículo en el que intentaba yo poner de relieve algunos rasgos de los poetas más jóvenes. Entre otras cosas, insinué en aquellas páginas que el grupo últimamente incorporado al menester poético no daba señales claras de manifestarse como una "generación", en el sentido técnico con que se suele usar este vocablo. Parece ser que tal afirmación mía ha suscitado, aquí y allá, alguna interpretación errónea que ahora desearía yo desvanecer. Alguien, en efecto, ha entendido que con esas palabras quería yo significar la indiferenciación de las voces más juveniles, pese a que literalmente esas líneas firmadas por mí hablaban de la "recia personalidad" con que algunos de esos poetas se producían. Como mi pensamiento difiere grandemente de la versión que tales personas le dan, me creo en el deber de exponerlo con más precisión en esta nota.

En esquema sucinto, lo que venía yo a proponer era esto: la existencia de una generación literaria con características propias es un suceso bastante insólito en la historia de la literatura, aunque el acentuado individualismo que en onda creciente va desde los tiempos románticos hasta aproximadamente 1940 lo haya hecho más frecuente en el primer tercio de nuestro siglo. Muy atenuado ya ese individualismo en los últimos quince años, es natural que el "generacionismo" no se manifieste hoy con la virulencia anterior, e incluso que, en cierto modo, desaparezca, para dar paso a otro fenómeno mucho más normal en la cultura humana: la vigencia de una *poética,* común a varias e incluso a todas las generaciones "vivas", durante un período cronológico cuya duración no es posible prefijar (y que no es necesariamente de quince años). De esa poética reinante participan, pues, escritores jóvenes, maduros y viejos, siempre que estos últimos no se hayan endurecido o anquilosado. Yo no comparto, en consecuencia, la teoría de las generaciones tal como ha sido expuesta por sus principales "creyentes", y pienso que tal teoría ha nacido por una especie de sinécdoque mental, en que se tomó la parte por el todo. Como desde el romantiscismo, y más aún durante los primeros treinta y cinco años del siglo xx, había, en efecto, "generaciones", se extendió a toda la historia literaria lo que sólo era indudable para una minúscula parcela de ella.

La realidad de las "generaciones" artísticas no es así cosa corriente y, menos aún, necesaria; más bien se trata de un rasgo estilístico propio de una época. En cambio, repito, pertenece al mecanismo histórico el imperio de una peculiar poética durante un tiempo más o menos largo.

En la duración de tal "mandato" influyen varios factores, entre ellos, factores políticos. Si se pone de moda una poesía de sentido antigubernamental, por ejemplo, tal poesía acaso dure lo que dure el gobierno contra el que se levanta.

Ahora bien: la inserción en una tónica estética de carácter envolvente y totalizador como la descrita la puede hacer cada poeta (puesto que ahora hablamos de poetas) con toda la personalidad que la naturaleza le haya concedido, y hasta, si tiene suerte, con auténtico genio. Pues, afortunadamente, el hecho que apunto no es valorativo. Se puede poseer un talento supremo sin necesidad de estar situado en el seno de una "generación" diferenciada. Basta con que el diferenciado sea el poeta en cuestión.

Tal era mi idea. Pero como una de las cosas que menos van con mi temperamento es la afirmación dogmática acerca de materias discutibles, apunté, por pura honradez intelectual, un par de realidades poéticas como *posibles* excepciones al concepto expresado. No trataba, por tanto, en esa cita de sumir en el montón de los indiferenciados a los otros poetas que no mencioné, sino de expresar una duda ante mi propia teoría. Entre los no citados hay unos cuantos que se me ofrecen como intensos valores de personalidad completamente definida, y hasta sorprendentemente definida.

Tales son las razones que me han traído de nuevo a Ágora: razones de justicia hacia esos poetas y razones de amor hacia la verdad y el rigor.

CARLOS BOUSOÑO